

LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SEGISMUNDA

ESTE TEXTO PREPARADO POR ENRIQUE SUAREZ FIGAREDO SE HA QUERIDO OFRECER A
LOS LECTORES Y AMIGOS DE

www.iglesiaehistoria.com

CON MOTIVO DEL TÉRMINO DEL **AÑO DE LA FE** DEL AÑO 2013.

LA RAZÓN ES MUY SENCILLA: SE RECURRE AL MÁS CÉLEBRE Y LETRADO AUTOR DE LA
LENGUA CASTELLANA COMO LO FUE CERVANTES. Y TAMBIÉN POR EXISTIR DENTRO DEL
TEXTO, **REMARcado CON "NEGRITAS"** UNA FORMA DE RECITAR **EL CREDO**.

**LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, HISTORIA SETENTRIONAL
POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA**

**CAPÍTULO SEXTO
DEL PRIMER LIBRO**

Donde el bárbaro español prosigue su historia

TARDÓ aquel día en mostrarse al mundo, al parecer, más de lo acostumbrado, a causa que el humo y pavesas del incendio de la isla, que aún duraba, impedía que los rayos del sol por aquella parte no pasasen a la tierra. Mandó el bárbaro español a su hijo que saliese de aquel sitio, como otras veces solía, y se informase de lo que en la isla pasaba.

Con alborotado sueño pasaron los demás aquella noche, porque el dolor y sentimiento de la muerte de su ama Cloelia no consintió que Auristela dormiese, y el no dormir de Auristela tuvo en continua vigilia a Periandro, el cual con Auristela salió al raso de aquel sitio, y vio que era hecho y fabricado de la naturaleza como si la industria y el arte le hubieran compuesto: era redondo, cercado de altísimas y peladas peñas, y, a su parecer, tanteó que bojava poco más de una legua, todo lleno de árboles silvestres que ofrecían frutos, si bien ásperos, comestibles a lo menos. Estaba crecida la yerba, porque las muchas aguas que de las peñas salían las tenían en perpetua verdura; todo lo cual le admiraba y suspendía.

Y llegó en esto el bárbaro español, y dijo:

—Venid, señores, y daremos sepultura a la difunta y fin a mi comenzada historia.

Hiciéronlo así, y enterraron a Cloelia en lo hueco de una peña, cubriéndola con tierra y con otras peñas menores. Auristela le rogó que le pusiese una cruz encima, para señal de que aquel cuerpo había sido cristiano. El español respondió que él traería una gran cruz que en su estancia tenía, y la pondría encima de aquella sepultura. Diéronle todos el último Vale; renovó el llanto Auristela, cuyas lágrimas sacaron al momento las de los ojos de Periandro.

En tanto, pues, que el mozo bárbaro volvía, se volvieron todos a encerrar en el cóncavo de la peña donde habían dormido, por defenderse del frío que con rigor amenazaba. Y, habiéndose sentado en las blandas pieles, pidió el bárbaro silencio, y prosiguió su cuento en esta forma:

—Cuando me dejó la barca en que venía en la arena, y la mar tornó a cobrarla ya dije que con ella se me fue la esperanza de la libertad, pues aun ahora no la tengo de cobrarla. Entré aquí dentro, vi este sitio y pareciome que la naturaleza le había hecho y formado para ser teatro donde se representase la tragedia de mis desgracias. Admirome el no ver gente alguna, sino algunas cabras monteses y animales pequeños de diversos géneros. Rodeé todo el sitio, hallé esta cueva cavada en estas peñas, y señalela para mi morada. Finalmente, habiéndolo rodeado todo, volví a la entrada

que aquí me había conducido, por ver si oía voz humana o descubriría quién me dijese en qué parte estaba; y la buena suerte y los piadosos Cielos, que aún del todo no me tenían olvidado, me depararon una muchacha bárbara de hasta edad de quince años que por entre las peñas, riscos y escollos de la marina, pintadas conchas y apetitoso marisco andaba buscando. Pasmose viéndome, pegáronsele los pies en la arena, soltó las cogidas conchuelas y derramósele el marisco; y, cogiéndola entre mis brazos sin decirle palabra, ni ella a mí tampoco, me entré por la cueva adelante y la truje a este mismo lugar donde agora estamos. Púsela en el suelo, besele las manos, halaguele el rostro con las mías, y hice todas las señas y demostraciones que pude para mostrarme blando y amoroso con ella. Ella, pasado aquel primer espanto, con atentísimos ojos me estuvo mirando y con las manos me tocaba todo el cuerpo, y de cuando en cuando, ya perdido el miedo, se reía y me abrazaba; y, sacando del seno una manera de pan hecho a su modo, que no era de trigo, me lo puso en la boca, y en su lengua me habló, y, a lo que después acá he sabido, en lo que decía me rogaba que comiese. Yo lo hice así porque lo había bien menester. Ella me asió por la mano, y me llevó a aquel arroyo que allí está, donde, ansimismo por señas, me rogó que bebiese. Yo no me hartaba de mirarla, pareciéndome antes ángel del Cielo que bárbara de la tierra. Volví a la entrada de la cueva, y allí, con señas y con palabras que ella no entendía, le supliqué, como si ella las entendiera, que volviese a verme. Con esto la abracé de nuevo, y ella, simple y piadosa, me besó en la frente y me hizo claras y ciertas señas de que volvería a verme. Hecho esto, torné a pisar este sitio, y a requerir y probar la fruta de que algunos árboles estaban cargados, y hallé nueces y avellanas y algunas peras silvestres. Di gracias a Dios del hallazgo, y alenté las desmayadas esperanzas de mi remedio. Pasé aquella noche en este mismo lugar, esperé el día, y en él esperé también la vuelta de mi bárbara hermosa, de quien comencé a temer y a recelar que me había de descubrir y entregarme a los bárbaros, de quien imaginé estar llena esta isla; pero sacome deste temor el verla volver algo entrado el día, bella como el sol, mansa como una cordera, no acompañada de bárbaros que me prendiesen, sino cargada de bastimentos que me sustentasen.

— o O o —

Aquí llegaba de su historia el español gallardo, cuando llegó el que había ido a saber lo que en la isla pasaba, el cual dijo que casi toda estaba abrasada, y todos o los más de los bárbaros muertos, unos a hierro y otros a fuego, y que si algunos había vivos, eran los que en algunas balsas de maderos se habían entrado en el mar por huir en el agua el fuego de la tierra; que bien podían salir de allí, y pasear la isla por la parte que el fuego les diese licencia, y que cada uno pensase qué remedio se tomaría para escapar de aquella tierra maldita; que por allí cerca había otras islas de gente menos bárbara habitadas; que quizá, mudando de lugar, mudarían de ventura.

—Sosiégate, hijo, un poco, que estoy dando cuenta a estos señores de mis sucesos, y no me falta mucho, aunque mis desgracias son infinitas.

—No te canses, señor mío —dijo la bárbara grande—, en referirlos tan por estenso, que podrá ser que te canses, o que canses. Déjame a mí que cuente lo que queda, a lo menos hasta este punto en que estamos.

—Soy contento —respondió el español—, porque me le dará muy grande el ver cómo las relatas.

—Es, pues, el caso —replicó la bárbara— que mis muchas entradas y salidas en este lugar le dieron bastante para que de mí y de mi esposo naciesen esta muchacha y este niño.

Llamo esposo a este señor porque antes que me conociese del todo me dio palabra de serlo, al modo que él dice que se usa entre verdaderos cristianos. Hame enseñado su lengua, y yo a él la mía, y en ella ansimismo me enseñó la ley católica cristiana. Diome agua de bautismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que él me ha dicho que en su tierra se acostumbran. Declarome su fe como él la sabe, la cual yo asenté en mi alma y en mi corazón, donde le he dado el crédito que he podido darle. **Creo en la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, tres personas distintas, y que todas tres son un solo Dios verdadero, y que, aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo, no son tres dioses distintos y apartados, sino un solo Dios verdadero. Finalmente, creo todo lo que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, regida por el Espíritu Santo y gobernada por el Sumo Pontífice, vicario y visorrey de Dios en la tierra, sucesor legítimo de San Pedro, su primer pastor después de Jesucristo, primero y universal pastor de su esposa la Iglesia. Díjome grandezas de la siempre Virgen María, reina de los cielos y señora de los ángeles y nuestra, tesoro del Padre, relicario del Hijo y amor del Espíritu Santo, amparo y refugio de los pecadores.** Con éstas me ha enseñado otras cosas, que no las digo por parecerme que las dichas bastan para que entendáis que soy católica cristiana.

Yo, simple y compasiva, le entregué un alma rústica, y él (merced a los Cielos) me la ha vuelta discreta y cristiana. Entreguele mi cuerpo, no pensando que en ello ofendía a nadie, y deste entrego resultó haberle dado dos hijos, como los que aquí veis, que acrecientan el número de los que alaban al Dios verdadero. En veces, le truje alguna cantidad de oro, de lo que abunda esta isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas, esperando el día, que ha de ser tan dichoso, que nos saque desta prisión y nos lleve adonde con libertad y certeza, y sin escrúpulo, **seamos unos de los del rebaño de Cristo, en quien adoro en aquella cruz que allí veis.** Esto que he dicho me pareció a mí era lo que le faltaba por decir a mi señor Antonio—que así se llamaba el español bárbaro. El cual dijo:

—Dices verdad, Ricla mía —que este era el propio nombre de la bárbara.

—o O o —

Con cuya variable historia admiraron a los presentes y despertaron mil alabanzas que les dieron, y mil buenas esperanzas que les anunciaron, especialmente Auristela, que quedó aficionadísima a las dos bárbaras, madre y hija. El mozo bárbaro, que también, como su padre, se llamaba Antonio, dijo a esta sazón no ser bien estarse allí ociosos, sin dar traza y orden cómo salir de aquel

encerramiento, porque si el fuego de la isla, que a más andar ardía, sobrepujase las altas sierras, o brasas traídas del viento cayesen en aquel sitio, todos se abrasarían.

—Dices verdad, hijo —respondió el padre.

—Soy de parecer —dijo Ricla— que aguardemos dos días, porque de una isla que está tan cerca desta que algunas veces, estando el sol claro y el mar tranquilo, alcanzo la vista a verla, della vienen a ésta sus moradores a vender y a trocar lo que tienen con lo que tenemos, y, a trueco por trueco, yo saldré de aquí, y, pues ya no hay nadie que me escuche o que me impida, pues ni oyen ni impiden los muertos, concertaré que me vendan una barca por el precio que quisieren, que la he menester para escaparme con mis hijos y mi marido, que encerrados en una cueva tengo de la riguridad del fuego. Pero quiero que sepáis que estas barcas son fabricadas de madera, y cubiertas de cueros fuertes de animales, bastantes a defender que no entre agua por los costados; pero, a lo que he visto y notado, nunca ellos navegan sino con mar sosegado, y no traen aquellos lienzos que he visto que traen otras barcas que suelen llegar a nuestras riberas a vender doncellas o varones para la vana superstición que habréis oído decir que en esta isla ha muchos tiempos que se acostumbra, por donde vengo a entender que estas tales barcas no son buenas para fiarlas del mar grande y de las borrascas y tormentas que dicen que suceden a cada paso.

A lo que añadió Periandro:

—¿No ha usado el señor Antonio deste remedio en tantos años como ha que está aquí encerrado?

—No —respondió Ricla—, porque no me han dado lugar los muchos ojos que miran, para poder concertarme con los dueños de las barcas, y por no poder hallar excusa que dar para la compra.

—Así es —dijo Antonio—, y no por no fiarme de la debilidad de los bajeles; pero, agora que me ha dado el Cielo este consejo, pienso tomarle, y mi hermosa Ricla estará atenta a ver cuándo vengan los mercaderes de la otra isla; y, sin reparar en precio, comprará una barca con todo el necesario matalotaje, diciendo que la quiere para lo que tiene dicho.

En resolución, todos vinieron en este parecer, y, saliendo de aquel lugar, quedaron admirados de ver el estrago que el fuego había hecho y las armas. Vieron mil diferentes géneros de muertes, de quien la cólera, sinrazón y enojo suelen ser inventores. Vieron, asimismo, que los bárbaros que habían quedado vivos, recogiéndose a sus balsas, desde lejos estaban mirando el riguroso incendio de su patria, y algunos se habían pasado a la isla que servía de prisión a los cautivos. Quisiera Auristela que pasaran a la isla, a ver si en la oscura mazmorra quedaban algunos; pero no fue menester, porque vieron venir una balsa, y en ella hasta veinte personas, cuyo traje dio a entender ser los miserables que en la mazmorra estaban.

Llegaron a la marina, besaron la tierra y casi dieron muestras de adorar el fuego, por haberles dicho el bárbaro que los sacó del calabozo oscuro, que la isla se abrasaba, y que ya no tenían que temer a los bárbaros. Fueron recibidos de los libres amigablemente, y, consolados en la mejor manera que les fue posible, algunos contaron sus miserias, y otros las dejaron en silencio, por no hallar palabras

para decirlas. Ricla se admiró de que hubiese habido bárbaro tan piadoso que los sacase, y de que no hubiesen pasado a la isla de la prisión parte de aquellos que a las balsas se habían recogido. Uno de los prisioneros dijo que el bárbaro que los había libertado, en lengua italiana les había dicho todo el suceso miserable de la abrasada isla, aconsejándoles que pasasen a ella a satisfacerse de sus trabajos con el oro y perlas que en ella hallarían, y que él vendría en otra balsa, que allá quedaba, a tenerles compañía, y a dar traza en su libertad. Los sucesos que contaron fueron tan diferentes, tan estraños y tan desdichados, que unos les sacaban las lágrimas a los ojos y otros la risa del pecho.

En esto, vieron venir hacia la isla hasta seis barcas de aquellas de quien Ricla había dado noticia; hicieron escala, pero no sacaron mercadería alguna, por no parecer bárbaro que la comprase. Concertó Ricla todas las barcas con las mercancías, sin tener intención de llevarlas. No quisieron venderle sino las cuatro, porque les quedasen dos para volverse. Hízose el precio con liberalidad notable, sin que en él hubiese tanto más cuanto. Fue Ricla a su cueva, y, en pedazos de oro no acuñado, como se ha dicho, pagó todo lo que quisieron. Dieron dos barcas a los que habían salido de la mazmorra, y en otras dos se embarcaron: en la una todos los bastimentos que pudieron recoger con cuatro personas de las recién libres, y en la otra se entraron Auristela, Periandro, Antonio el padre y Antonio el hijo, con la hermosa Ricla y la discreta Transila —que este era el nombre de la intérprete— y la gallarda Constanza, hija de Ricla y de Antonio.

Quiso Auristela ir a despedirse de los huesos de su querida Cloelia; acompañáronla todos; lloró sobre la sepultura, y, entre lágrimas de tristeza y entre muestras de alegría, volvieron a embarcarse, habiendo primero en la marina hincándose de rodillas y suplicado al Cielo, con tierna y devota oración, les diese felice viaje y los enseñase el camino que tomarían.

Sirvió la barca de Periandro de capitana, a quien siguieron los demás, y, al tiempo que querían dar los remos al agua (porque velas no las tenían), llegó a la orilla del mar un bárbaro gallardo, que a grandes voces, en lengua toscana, dijo:

—Si por ventura sois cristianos los que vais en esas barcas, recoged a este que lo es y por el verdadero Dios os lo suplica.

Uno de las otras barcas dijo:

—Este bárbaro, señores, es el que nos sacó de la mazmorra.

Si queréis corresponder a la bondad que parece que tenéis —y esto encaminando su plática a los de la barca primera—, bien será que le paguéis el bien que nos hizo con el que le hacéis recogiendo en nuestra compañía.

Oyendo lo cual Periandro, le mandó llegase su barca a tierra y le recogiese en la que llevaba los bastimentos. Hecho esto, alzaron las voces con alegres acentos, y, tomando los remos en las manos, dieron alegre principio a su viaje.